

La Prehistoria en Asturias

Un legado artístico único en el mundo

La Nueva España



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS

Dirección y coordinación: Javier Rodríguez Muñoz

© Editorial Prensa Asturiana, S. A. U.
Calvo Sotelo, 7
33007 Oviedo

Producción editorial:
Ediciones Nobel
Ventura Rodríguez, 4, 1º
33004 Oviedo

Diseño y maquetación:
Eva Zuazua Huerta

ISBN: 978-84-87730-58-2
Depósito legal: V-2.131/2007

Impresión: Artes Gráficas del Mediterráneo
Impreso en España

El ciclo terminal de la Edad del Bronce y las raíces de la cultura castreña

Si algo se percibe socialmente como distintivo de nuestra cultura ancestral, como un magma primigenio en el que se confunden toda clase de tópicos histórico-culturales, es el universo castreño. La estampa de las ruinas del Castelón de Coaña, un clásico de nuestro patrimonio arqueológico, se impone a cualquier otra de tiempos preliterarios. El hecho es comprensible: murallas y case-río; la suma de lo edificado alcanza proporciones hasta entonces desconocidas.

El poblado fortificado, cuando a la obra erigida se añade el vaciado de grandes fosos (y aquí puede reclamar nuestra atención el notable sistema defensivo de San Chuis, en Allande) es la poderosa expresión de la Edad de Hierro y también la versión primera, incontestable, del hábitat concentrado en la Historia regional.

Pero la naturaleza del poblado no se sustancia solamente en el reagrupamiento social y en la arquitectura que lo materializa; de forma mucho más compleja y sutil se entremezclan en el mismo relaciones de vida y también de supervivencia colectiva: la protección ante el pillaje, por ejemplo. La comunidad de

El castro de Coaña, que ya se comenzó a excavar en el siglo XIX, ofrece en Asturias la imagen más típica del universo castreño



sangre, al menos en parte, se reafirma por los antepasados comunes por lo que, más allá de la dimensión tangible y utilitaria, el poblado define un espacio simbólico. Grandes trincheras, taludes y murallones conforman la elaboración decantada del proceso domesticador, la realidad de un ámbito estrictamente cultural, un orgulloso artificio frente a la enormidad del espacio natural.



El castro de la Campa Torres (Gijón) presenta unas monumentales murallas y fosos, obra colectiva sólo posible entre una población que disponía de excedentes económicos

El principio del fenómeno castreño empieza a ser desvelado, ya con la certeza de su plenitud en la Edad del Hierro, a lo largo de los cinco siglos que preceden a la llegada de los romanos. Sin embargo, esta propuesta era incierta no hace mucho y tampoco ayudaba a su desvelamiento el hecho de que los materiales reconocibles con mayor precisión en Coaña o San Chuis fueran ya del tiempo de la latinización del norte de Hispania. Tras la posición cautelara de J. Uría en 1941, la época en que investigaba los castros de Coaña, Pendia o La Escrita con A. García y Bellido, reconociendo en tales una cultura singular de cronología imprecisa, J. Maluquer señalaba, veinte años más tarde, que muchos de aquellos pueblos amurallados habrían sido abandonados antes de Roma, al tiempo que f orecerían otros bajo el dominio imperial; en todo caso, persistía en la penumbra el tiempo de su nacimiento, admitida su probable cuna en hábitats estables de la Edad del Bronce e incluso, llega a proponer, de la más vieja “etapa megalítica”.

Lo cierto es que, salvo que se consideren aportes de gentes foráneas, de los que no existen indicios de alguna solvencia, el germen de los castros, la nucleización social que significan, sólo resulta comprensible con la preexistencia de un poblamiento de cierta densidad en los siglos terminales de la Edad del Bronce. Desde una perspectiva general, el aglutinamiento de un grupo humano en un recinto fortificado implica tanto la sedentarización del mismo como la disponibilidad de los excedentes económicos que permitan la ejecución de obras colectivas de la envergadura de los fosos profundos y murallas aparatosas.

El crecido gasto en creaciones monumentales suele responder a una economía primitiva excedentaria, que difícilmente podría intercambiar su producción sobrante con otras sociedades más o menos próximas, por el hecho insoslayable de que todas ellas creaban la misma clase de bienes. Al mismo tiempo, el trabajo social, colectivo, se convierte en una forma de redistribución y consumo general de esos excedentes. En las circunstancias apuntadas, lo que los castros auro-rales denuncian es la vitalidad de comunidades campesinas aventajadas, encas-tradas en parajes topográficamente adecuados para su defensa, con el dominio visual de un dilatado entorno, cerca de las áreas de obtención de los recursos esenciales como el terrazgo agrícola y los imprescindibles pastizales.



El castro de Alava, en Salas, se localiza en una posición privilegiada sobre el encuentro de los ríos Narcea y Pigüña. En sus aledaños fueron descubiertas varias hachas de talón y anillas

La génesis local, endógena, de lo castreño no puede, en definitiva, ser ajena a la propia dinámica histórica de las sociedades del Bronce final que, como se escribía más atrás, únicamente podrían justificar su intensa fecundidad metalúrgica con la disponibilidad de alimentos y, por ello, de una provechosa, para su época, economía agropecuaria. Las armas del Bronce final, magníficas como las espadas célebres de hoja pistiliforme o en lengua de carpa, responden al estatus del guerrero y, en consecuencia, a la existencia de un grado de tensión probablemente acentuado por la paulatina radicación permanente del hábitat merced a la mayor rentabilidad agrícola. En fin, armas y pueblos fortificados, son rasgos

Puñal de Penácaros (Boal), fabricado en bronce, una de las pocas armas que se conocen de la etapa final de la Edad del Bronce (imagen y dibujo de M. Á. de Blas)



dominantes de los siglos primeros del milenio 1 a. de C. en gran parte de Europa. La progresiva territorialización es difícilmente segregable de la bondad de un sistema agropecuario renovado; la posesión de las zonas más feraces es también una forma de exhibición de poder; economía y tierra se engarzan en el poblado estable y, por último, laboriosamente defendido.

Las aludidas mejoras de la economía campesina parecen basarse en la adopción de nuevos cultivos, acaso cereales de invierno y primavera como la cebada, el trigo desnudo o la avena; también el mijo o panizo, bien adecuado a las condiciones climáticas del ciclo subatlántico. Mijos y avenas, cultivos de invierno y primavera, pueden combinarse en un sistema rotatorio que junto con el sistema del barbecho permitirían la expansión de los cultivos a áreas de secano, incrementando, en consecuencia, la amplitud del terrazgo cerealístico.

De otras mejoras técnicas como el incremento del estercolado (lo que necesita también de una sólida cabaña ganadera que sospechábamos estaba ya en pleno crecimiento durante el Bronce final), o el empleo de un utillaje de mayor calidad se derivaría igualmente una mejora de los rendimientos agropecuarios. La normalidad de las aleaciones bronceas aporta un utillaje tenaz y longevo (y en

todo caso reciclable); no es de extrañar que aquí, también en bastantes regiones del occidente continental, hubiera una manifiesta resistencia a la adopción de los aperos de hierro, la gran novedad técnica de la segunda mitad del primer milenio antes de Cristo.

En las circunstancias de cristalización apuntadas, castros y *castiello*s irían conjugando su ubicación espacial idónea, esencial, con la potencia de sus baluartes defensivos. Vienen a ser la estampa dominante de territorios sin ciudades; no en vano la voz *castiello* se difunde con la expansión romana y sus avances en el norte de Italia a comienzos del siglo 11 a. de C. oponiéndose, según Tito Livio (*Historia de Roma*, libro XXII, 11, 14), al *vicus*, la aglomeración de poblamiento más cuantiosa e instalada en las tierras bajas o en la llanura.

En el caso asturiano, la estructura del paisaje castreño, el discreto tamaño de los recintos fortificados, concuerda con la fragmentación espacial derivada de un medio orográficamente enrevesado. No obstante, cada castro de aparato poliorcético bien definido, buscaría más allá de su bondad militar, que quizá fuera

puesta a prueba en contadas ocasiones, la representación de su pujanza; la estampa de riqueza, de influencia y prestigio que cada grupo social diferenciado trata de mostrar ante los demás. Únicamente enfoques de tal naturaleza pueden explicarnos hoy la notable y recurrente desproporción entre las aparatosas obras defensivas y aquello que suponemos pretendían proteger.

Castros y metalistería del Bronce final

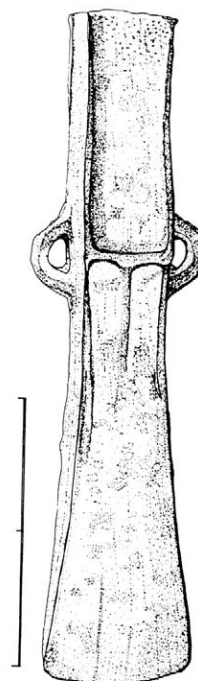
Tal como se exponía más atrás, la distribución de los bienes metálicos de fines de la Edad del Bronce alcanzaba a buena parte de las comarcas regionales, del mismo modo que lo harían los castros. Esa visión genérica puede ser matizada con la consideración de casos específicos. Desde luego, no son excepcionales lo que pudieran ser relaciones concretas entre castros y algo tan específico del Bronce terminal como las hachas de talón.

Las *palstaves* singulares, en general las más castizas versiones de dos asas laterales, suelen carecer de una procedencia detallada en lo que se refiera al contexto preciso de su aparición; fortuita en unos casos, fruto de rebuscas clandestinas en otros. Hay, empero, ciertas indicaciones que deben ser atendidas por el valor que pudieran ofrecer. Nos referimos a la cercanía espacial, a veces coincidencia neta, entre el encuentro de *palstaves* y el solar de algunos castros o sus inmediaciones. Es ese un asunto discutido, tachado durante tiempo de inseguro pero al que, como veremos, conviene asignarle la debida atención.

En las colecciones del Museo del Ejército, en Madrid, consta, con alguna otra hacha de talón y anillas ingresadas en el XIX, un ejemplar de asa única emparentable con un ejemplar procedente de Lastres; ambas a su vez antiguas y con paralelos en Híjo (Pontevedra) y, en conjunto, con elaboraciones del grupo bretón de Rosnøen. El metal en cuestión procede, sin más noticias, de unas “excavaciones hechas en Asturias”. Obviamente, es improbable que la rebusca aludida fuera tan arbitraria como afortunada, de modo que el sector escogido para realizarla tendría que ofrecer rasgos indudables de su naturaleza arqueológica. Es esa razón la que nos anima a suponer que el paraje elegido bien pudo ser unos de los inquietantes *castiellos*, habitados por los “moros” de las leyendas.

En la misma dirección, pero ya con mayor certeza, hay que situar el hacha muy plomada del Monte Castrelo o Pico del Castro de Pelou (Grandas de Salime), hallada en el tránsito del siglo XIX al XX. Para más precisión hoy sabemos que el lugar conoció una prolongada, aunque discontinua, ocupación. Si durante algún tiempo, al igual que el resto de los castros occidentales, fue tenido por fundación romana altoimperial hoy está probada su fortificación durante la Edad del Hierro, pudiendo remontarse su antigüedad a la Edad del Bronce, tal y como sugieren varias dataciones que remiten a fines del II milenio a. de C.

No habría tampoco manera razonable de negar alguna relación entre el castro de Alava (concejo de Salas) y el depósito de una docena de hachas hallado en una cavidad abierta en el farallón sobre el que se asienta el estratégico y domi-



Hachas con talón y anillas, del Bronce final, que se conservan en el Museo del Ejército y que seguramente fueron halladas en las inmediaciones de algún castro en el siglo XIX (según M. Á. de Blas)

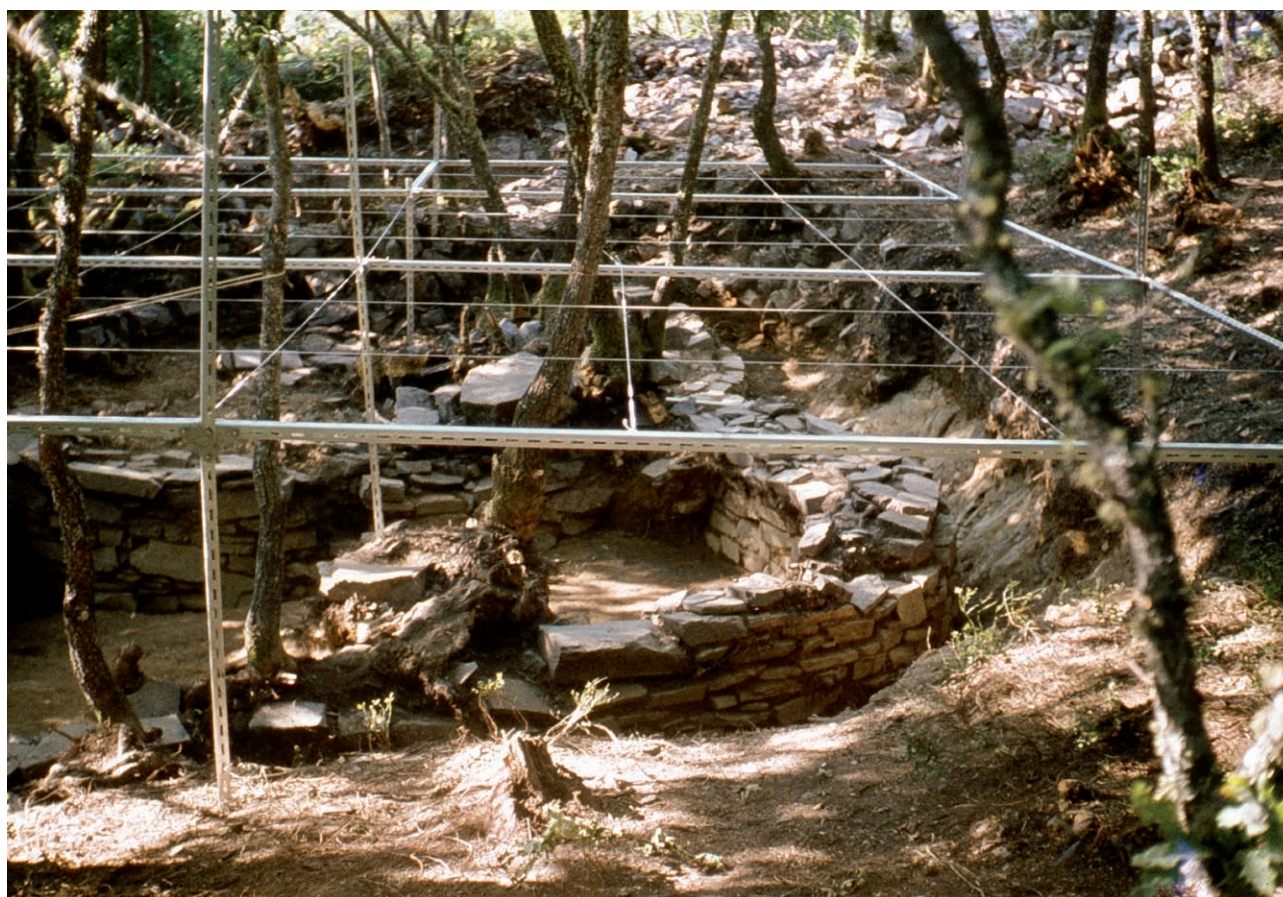


Arriba, una de las hachas de bronce halladas cerca del castro de Alava (Salas); abajo, viviendas del castro de Larón, en el concejo de Cangas del Narcea (foto M. Á. de Blas)

nante castro. Las de Alava pertenecen a la familia de hachas instrumentalmente inútiles a la que también pertenece la citada de Pelou, junto con las de Larón y Collada. Son en conjunto piezas de hojas gruesas, talones muy desarrollados, la mazarota o sobrante de la colada del metal en el molde aún adherida al talón y una composición química alterada por la presencia de plomo en altas dosis. El último ejemplo de una de estas masas terminales de procedencia castreña fue la recuperada en el El Picón, en la marina de Tapia de Casariego. La pieza fue recogida en el transcurso de una corta campaña de excavación en horizontes asociados al primer cinturón fortificado instalado sobre la corona de la colina.

Estos artefactos, característicos del suroeste de Asturias, son prueba elocuente de la afinidad con fundiciones típicas de Galicia y norte de Portugal que entendíamos tiempo ha como resultado de un copioso consumo de metal, acaso impuesto por su empleo, reiterado, como ofrendas votivas. El destino ritual de esas extrañas *palstaves* explicaría su escaso valor metalúrgico y, sobre todo, su nula utilidad como arma o instrumento.

Los ejemplares de Larón yacían en las inmediaciones del sistema de fosos que circundaban el castro que erigido en la vertiente meridional del Rañadoiro; cerca, además, de una fuente. De Collada, Riocastiello, concejo de Tineo, son las dos hachas asociadas al lugar de Los Castros, donde se reconocen igualmente los vestigios de un presumible hábitat fortificado, protohistórico.



El vínculo que rastreamos parece aún repetirse en la parroquia de Cibeá, en Cangas del Narcea, con una *palstave* de una anilla en el área de ubicación de un par de castros, entre ellos el notable de Vallao, en las inmediaciones de Sieiro, y con mayor precisión espacial en Valabilleiro (Grandas de Salime), donde una magnífica pieza de una anilla, fundida en un bronce equilibrado con plomo sólo en proporciones decimales, desenterrada por azar durante el arado de una finca cercana al castro. El ejemplar es asimilable a modelos característicos del norte de Portugal, Pontevedra, La Coruña y Lugo datables en los siglos IX-VIII a. de C.

Es obvio que el repertorio ahora reunido es estrictamente occidental, allí donde los castros son más frecuentes, en la misma medida, tal vez, en que lo es también el espacio disponible. De la Asturias más angosta del centro y oriente también se podría anotar algún testimonio homologable con los enumerados. Como más claros, pero no exclusivos, los de Logrezana y Brañes (concejos de Carreño y Oviedo, respectivamente). El primero, de dos asas, proviene de lo que parece recinto del castro de La Barrera; el segundo, en un área en el que se documenta el castro de Pico Castiello, en la vertiente noroccidental del Monte Naranco. Ambos ejemplares muestran un marcado aire local, muy singular el de Brañes con su cortante hoja corta y de largo filo curvo, mientras que el de Logrezana se relaciona formalmente con la serie centroasturiana encabezada por las hachas del lote naveto de Pruneda.



Hacha localizada cerca del castro de Larón, que aún conserva la mazarota o sobrante de la colada del metal, y fragmento de otra, que se guardan en el Museo Arqueológico de Asturias; abajo, castro de Brañes, en el concejo de Oviedo (foto Á. Villa)



Metalurgia seriada del Bronce y castros

Al describir la metalistería del Bronce final habíamos resaltado la originalidad e importancia testimonial de los moldes de Castropol y Los Oscos. El primero para fundir hoces; el otro para hachas con tubo de enmangue.

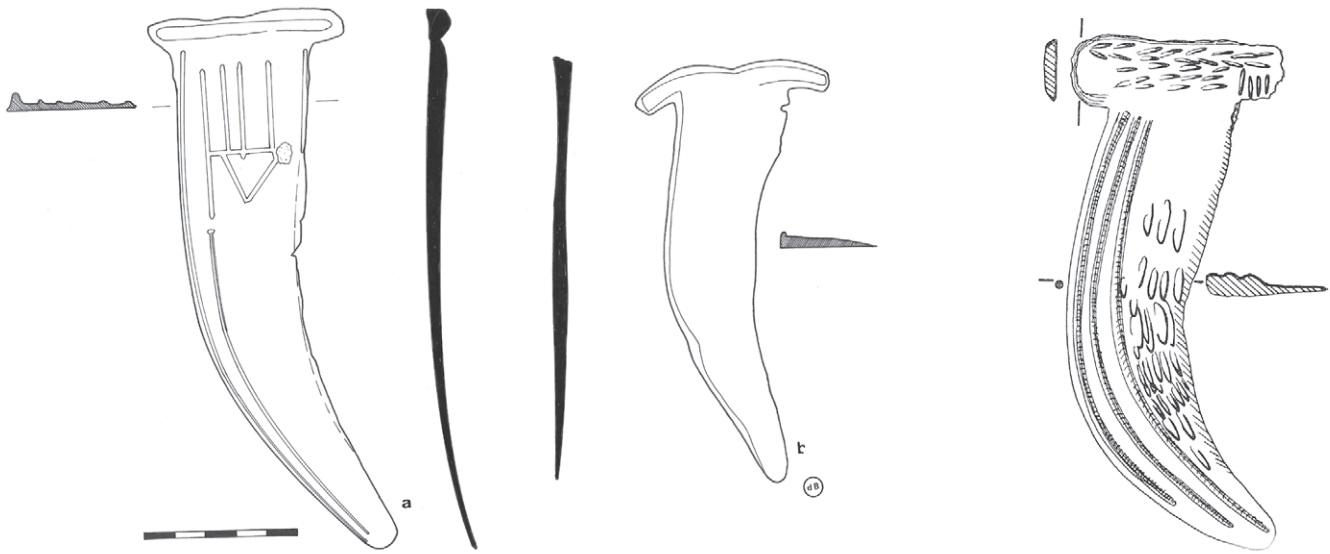
La reconsideración de estos testimonios extraordinarios nace de la necesidad de atender a lo que debería de haber sido su razonable contexto original. En ambos casos se trata de medios para la producción en serie de artículos con destino específico y tipología característica. Expresión innegable de hábiles metalúrgicos, no nos parece imaginable su existencia desvinculada de un hábitat mínimamente concentrado. Por su cronología avanzada no es improbable que su encuentro, por otra parte desconocido, se produjera por azar o rebuscas en alguno de los castros de la Asturias más occidental.



La ría del Eo en las proximidades de Vegadeo. Los grandes estuarios constituyeron desde la Prehistoria lugares en los que se advierte una más clara presencia de productos exóticos.

Los hallazgos producidos en poblados de su entorno testimonian la existencia de intercambios de larga distancia, al menos, desde comienzos del I milenio a. de C.

Puestos a especular, si la referencia de su origen fuese correcta y asumiendo el riesgo que este tipo de ejercicios conlleva, la pieza tendría que proceder de un asentamiento que reuniese una morfología común a otros poblados con cronologías antiguas y localizado, preferentemente, sobre alguno de los itinerarios que canalizaron desde el Neolítico la circulación, cómoda y segura, por un territorio de frontera entre biotopos tan diferentes como la marina del Navia-Eo y las tierras altas del interior astur-lucense. Si a estas condiciones sumásemos la



de presentar evidencias suficientes de antiguos expolios, el lugar señalado no podría ser otro que El Castro de Liñeiras, en Santalla de Oscos.

El molde y las hojas de hoz de Castropol tienen como procedencia geográfica un territorio estratégico en el que la potencialidad de los recursos naturales justifica la existencia de hasta siete castros solamente en el concejo de este nombre. La ría del Eo y su entorno dibujan, en efecto, un territorio de baja altitud y pendientes menores del 5% circundado de sierras bajas y de volúmenes redondeados, aptas para su explotación y poblamiento. La profunda hendidura de la ría con su estuario y el curso del Eo no sólo conforman un territorio singularizado, si no que labran un amplio surco que favorece las relaciones entre la ribera marina y el traspaís. Se sustancia, con todas las consecuencias históricas, un espacio de relación entre comarcas de capacidades en fuerte contraste.

Idear en las orillas del Eo enclaves de una efectiva actividad artesanal resulta también plausible por la propia bondad del territorio en cuanto a la obtención de medios de subsistencia. Suelos, baja altitud y espacios adecuados propician más que en otras zonas regionales el cultivo de cereales. La riqueza faunística de distintos medios en relación, costa, estuario y río, no se reduce a peces y mariscos si no también a una copiosa disponibilidad de aves. Por su parte, la exuberancia del bosque atlántico en los cercanos montes ofertaba grandes posibilidades a la caza y a la recolección, también al alimento del ganado.

En ese escenario documentamos las hoces bronceíneas, de las que quizá lo más sorprendente sea su propia rareza. No parece haber sido un artículo prodigado, más bien todo lo contrario, en la metalurgia del norte peninsular. Sin embargo, constituye por vez primera en nuestra prehistoria la materialización de un útil netamente vinculado, en principio, al cultivo de cereales que acabamos de considerar. Acaso no sea esta una valoración meramente formal si se tiene en cuenta que una hoz de la misma familia tipológica fue hallada en el castro de Camoca, en Villaviciosa, llamativamente de nuevo en las cercanías de una ría abierta en una comarca de suelos feraces, y en un yacimiento en el que pronto se constata el cultivo de escanda menor. También sobre la misma ría de la Asturias

Arriba, hoces de Castropol y Ponga, según M. Á. de Blas, y hoz de Castropol que se conserva en el British Museum; abajo, el ejemplar de hoz de Ponga, que está en el Museo Arqueológico de Asturias



central, esta vez en el castro de Moriyón, se cosechaba la escanda, además de cebada, avena y mijo.

Siendo absolutamente desconocidas las hoces de piedra (¿acaso un ejemplar único de diente de hoz con lustre de cereal en tierras llaniscas?) y estimando oportunamente el uso posible de las mesorias para la colecta de las espigas a partir del Neolítico, saludaríamos a estos ejemplares metálicos como la primera expresión firme de la hoz cerealística.

Sin embargo, una morfología adecuada para la corta y una hoja reforzada con nerviaduras no dejan de plantear interrogantes en su empleo: ¿apero agrícola o arma? Como instrumento campesino pudo atender tanto a la colecta cerealística, como ayudando a la cuidadosa recuperación de la paja para alimento del ganado mayor (la de cebada, por ejemplo, conveniente para vacas y caballos). Pero es además verosímil su aplicación en la corta de helechos de uso diverso; entre otros para el techado de edificios, modalidad olvidada aunque aún se documente en el cercano siglo XVIII.

Quizá lo inquietante, en todo caso, sea que la única hoz analizada, por lo que no podemos generalizar, la hoy guardada en el Bristish Museum, fue fundida en bronce ternario con un 20% de plomo; una aleación quebradiza. ¿Así pues, simulacro instrumental, o arma de aparato?

Desde luego, ambas opciones son compatibles, y puede que la inadecuada calidad metalúrgica de aquella no sea extensible a las restantes que parecen coladas con buen bronce; nos referimos a otra de Castropol (hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid) o la citada de Sobrefoz (en el Arqueológico de Asturias). En apoyo de su naturaleza utilitaria muestran los cortes de ambas señales de afilado y melladuras fruto de su presumible uso.

En fin, la consideración de un verosímil empleo diferenciado de estos metales resulta, más que aventurada, compatible con su escasez, situación vista en otras áreas continentales; también el que, especialmente en Centroeuropa, haya verdaderos depósitos de hoces, entendidas entonces por su excesivo número como versiones monetarias arcaicas más que como instrumentos ordinarios. Un último apunte, en orden a la singularidad tal vez simbólica de nuestras hoces, es el factor ornamental que las distingue: las nervaduras en escudo en la zona de empuñadura que en la pieza del Arqueológico Nacional, con su grato brillo bronceo, al fin dorado, no deja de recordarnos, como anecdótica, la noticia recogida por Plinio de que los druidas galos cortaban ritualmente el muérdago con sus hoces de oro.

Argumentos en parte compatibles con los que acabamos de exponer son los aplicables al molde para producir modelos en cera de hachas de empuñadura tubular de Los Oscos, piezas con la hoja igualmente decorada con finas estrías: ¿útiles de carpintería, sin duda necesarios, o armas de combate y parada? De nuevo la impresión de que una tarea artesanal tan ilustre hubo de estar vinculada a algún núcleo residencial permanente, en el tránsito inexcusable de la ribera oceánica a las tierras del interior, en un territorio de riqueza castreña y de relaciones abiertas entre el Cantábrico, la Asturias suroccidental y la Galicia de tierra adentro.

El repertorio restante de piezas metálicas con procedencia conocida y atribuible a tradiciones tecnológicas arraigadas en el Bronce final se distribuye fundamentalmente por los diversos castros excavados en Asturias y, por consiguiente, abarca un amplio ámbito territorial que se extiende desde la ría de Villaviciosa por levante hasta las tierras del Navia-Eo al occidente.

La cronología de estos yacimientos, que será tratada en extensión en capítulos posteriores, remite de manera reiterada sus horizontes fundacionales a los siglos VIII y VII a. de C. Un tiempo en el que se generaliza un tipo de metalistería de rasgos muy similares en todas las regiones de la fachada atlántica europea.



En El Castillo de Camoca, en Villaviciosa, además de la hoz nervada ya referida, se recogieron abundantes remaches cónicos y piramidales, un anillo y un fragmento de brazalete.

La Campa Torres, en Gijón, también proporcionó en sus niveles más antiguos tiras metálicas con remaches de extremo cónico y facetado y base plana, vinculados por sus descubridores con la metalurgia atlántica del Bronce final.

Piezas similares, aunque carentes de cronología absoluta, se recuperaron también en los castros del Pico Castiello de la Collada (Siero) y de Pendia. Del primero proceden varias tiras con remaches cónicos y una chapa de bronce, interpretada como parte del mismo recipiente. En Pendia, los remaches cónicos se distribuyen también sobre una tira fragmentada de bronce y se recogieron, según García y Bellido, en el sector septentrional del poblado, precisamente el área en el que se descubrió el hacha antes descrita.

Izquierda, el molde para fabricar hachas de tubo y asas hallado en Los Oscos, cerrado y por las dos caras; derecha, asa de sítula del Chao Samartín. A fines de la Edad del Bronce se generalizó entre las élites sociales el intercambio de objetos de prestigio como los calderos para el consumo ritual de la carne



Arriba, detalle del gran disco de bronce del Chao Samartín. Fue fabricado con láminas de bronce unidas mediante clavos y remaches que revestían un cuerpo central de madera. A la derecha, recreación a partir de los fragmentos recuperados del gran disco de bronce descubierto en la Acrópolis del Chao Samartín (dibujo de M. Á. López Marcos)



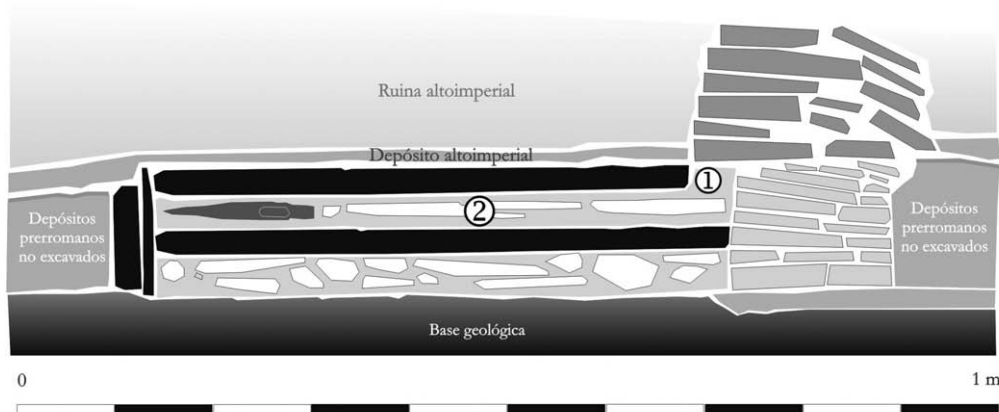
No obstante, el conjunto más amplio y expresivo de la metalurgia seriada que caracteriza estos siglos finales de la Edad del Bronce es el reunido en el Chao Samartín. De aquí procede un hacha de talón y anillas, al que se hará referencia más adelante, y el talón de otra. También se recuperaron varias asas para recipiente metálicos, probablemente sítulas o calderos utilizados en el consumo ritual de carne, y algunos colgantes de tipo amorcillado y bolsiformes cuya área de dispersión geográfica se extiende principalmente por el occidente de la Península Ibérica: Galicia, la Meseta, Extremadura, Andalucía occidental y Portugal. Aunque los ejemplares asturianos aparecieron sueltos, como suele ser habitual en la mayor parte de los casos, estas piezas debieron integrarse como elementos ornamentales de suspensión en ajorcas o aros metálicos a modo de brazaletes, pulseras o collares.

La pieza más singular es sin duda un disco de grandes dimensiones fabricado con planchas de bronce que guarnecían un alma de madera. Si bien las primeras estimaciones permitieron establecer un diámetro no inferior a los 115 centímetros, una vez reintegrados todos los fragmentos disponibles podría alcanzar los 165 centímetros, lo que convierte el disco del Chao Samartín en una pieza excepcional en el repertorio metalúrgico de la Edad del Bronce europea. Las diversas chapas que componen la pieza se articulan mediante tiras circulares cosidas con clavos y remaches de cabeza cónica y piramidal que se distribuyen en tres círculos concéntricos y cuatro tiras radiales. El perímetro es resaltado mediante una moldura que abraza el cuerpo de madera interno. Las características de la pieza permiten descartar su uso instrumental. Ni las dimensiones ni el peso del disco ofrecen prestación alguna como escudo o como rueda. Sin embargo, resulta altamente sugerente su localización en el gran edificio que se alza frente al crestón que preside la acrópolis del primitivo asentamiento, un lugar ajeno a todo testimonio de uso doméstico o residencia y la que cabe suponer un destino de naturaleza ritual. Si esto fue así, no hay razón para descartar la utilización del gran disco como parte de la liturgia ceremonial allí desarrollada y considerar que la curiosa y pautada segmentación de la superficie broncea pudiera responder a una significación de tipo cosmogónico o, tal vez, calendárico.

Las huellas de la tradición: *palstaves* en ambientes de la Edad del Hierro

Nos referíamos más atrás a la relación genérica entre algunas hachas de talón y determinados asentamientos fortificados; hay también testimonios de relaciones específicas que, excluido su origen accidental, cabe explicar en términos de continuidad, de tradición cultural.

El hallazgo en el castro de Pendia, en la cuenca baja del Navia, de una *palstave* de una anilla en el área de la gran cabaña dentro del recinto septentrional del poblado planteaba problemas a su comprensión, toda vez que el característico útil/arma del Bronce final se hallaba separado por bastantes siglos del tiempo de erección del edificio en su formato definitivo, probablemente en torno al siglo IV a. C. Sin anotaciones precisas llegadas hasta nosotros de cómo, y exactamente dónde fuera descubierta la pieza, cualquier explicación de su presencia ofrecería poca solidez.



Sección del hogar de la cabaña del castro de Chao Samartín donde se localizó el hacha de bronce (según Á. Villa)

Afortunadamente, tal vez venga a clarificar el caso de Pendia la contextualización detallada de los hallazgos en el castro del Chao Samartín, en Grandas de Salime. De la longevidad de este rico poblado se hablará más adelante, incluso de sus raíces en el ciclo de cierre de la Edad del Bronce, interesándonos ahora un acontecimiento ocurrido durante la Edad del Hierro.

Una de las cabañas que conformaron la base de la trama edificada del poblado a partir del siglo IV a. de C. conservaba todavía en su suelo el hogar característico. Dispuesto en posición central, el llar contaba con trashoguero y llar central monolítico delimitado por losas de pizarra verticales. Esta primera estructura fue posteriormente reformada y cubierta por un nuevo hogar. Entre ambas se depositó cuidadosamente el hacha de bronce.

Excluido el carácter accidental del hallazgo, y también la hipótesis improbable de su ocultación por razones económicas (como simple reserva de un metal valioso), tan sorprendente ubicación en el fuego hogareño se nos antoja de índole



Palstave del castro de Chao Samartín, en Grandas de Salime. La pieza, característica del Bronce final, pervivió a su función instrumental como elemento votivo, custodiado bajo el llar de una cabaña en uso durante la Edad del Hierro y época altoimperial

le extramaterial. Al respecto habría que recordar que tanto los hogares como las hachas (el prestigio y poder de las mismas se remonta al Neolítico) disponen de espacio propio, bien acotado, en el universo mental de las sociedades primitivas. El primero aporta el calor y la luz; es tanto centro vital como lugar de fortalecimiento de las relaciones familiares, al cabo sociales. El hogar se constituye por ello en el santuario primigenio, doméstico, en el que es frecuente encontrar imágenes u objetos relativos al culto a los seres tutelares que en el mismo radican. Frente a lo claramente pautado en las viviendas de las sociedades desarrolladas, actuales, la distinción entre ámbito sagrado y habitación profana es difusa cuando no inexistente en otras muchas culturas.

No es casual que tal hallazgo se produzca en un contexto cultural en el que, por lo que vamos conociendo, las actividades y espacios rituales renuncian a su localización en recintos ajenos o, en todo caso, segregados del ámbito doméstico, como es el caso de la acrópolis del Chao Samartín, para integrarse en el paisaje urbano de los poblados. Por esta razón edificios singulares como las grandes casas de asamblea o las saunas castreñas (una de las creaciones más originales de la cultura de los castros asturianos) se levantan desde finales del siglo V o principios del siglo IV a. de C. junto a las viviendas y talleres de uso cotidiano.

El vínculo hacha-hogar que aquí observamos dispone de antecedentes remotos. Las hojas pulimentadas de hacha dispuestas en el fondo de un hogar del importante poblado neolítico gerundense de La Draga, por aludir a un caso descubierto recientemente, no tendrían explicación sin valorar actos tan habituales como los ritos fundacionales de la casa.

No son escasos ni lejanos física o temporalmente los ejemplos de época histórica: desde el fuego reconocido como sagrado de la casa romana (de ahí los pequeños altares junto al mismo), culto hogareño en el que también se conmemoraba a los antepasados, hasta el fuego venerable en la casa vasca, comúnmente acompañado por instrumentos que, como el hacha, precisamente, y la hoz, protegían su calidad sacral, dotados ambos útiles de poderes místicos.

Cabría, sin reparos manifiestos, aceptar causas similares para descifrar la, de otro modo injustificable, disposición de la *palstave* del Chao Samartín: la verosímil operación votiva encaminada al tendido de un nexo con los orígenes; una manera de perpetuar el vínculo fundamental con los antepasados y, a través del mismo, reclamar su protección.

El hacha de bronce, acentuada su vertiente simbólica, vendría a erigirse en reliquia tangible del tiempo ancestral, en vestigio capaz de fortalecer las relaciones de continuidad y, como consecuencia deseada, otorgadora de legitimidad a la nueva casa y a sus habitantes.

En definitiva, los últimos testimonios bien contextualizados del Bronce final en Asturias nos remiten una y otra vez a asentamientos estables y fortificados, germen y escenario sobre el que se desarrollará en los siglos posteriores la cultura castreña que caracterizará la Edad del Hierro regional.

MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA / ÁNGEL VILLA VALDÉS